Más caras

TEATRO
ÓPERA
DANZA
MÚSICAS

Aires del caribe. **El músico Santiago Auserón en una calle de La Habana en 2017.** LIBROS DEL KULTRUM

SANTIAGO AUSERÓN

"La música es una mercancía corrupta, igual que la política"

El ex Radio Futura relata su idilio con la música cubana en el libro 'Semilla del son', y cómo 'Buenavista Social Club' se llevó el mérito

POR **DARÍO PRIETO**

MÚSICA

El primer disco de Radio Futura se tituló *Música moderna*. Lo innovador, lo avanzado estaba ahí: en el nombre del grupo y en el del disco. Y vaya si lo fue. Primero desde la Nueva Ola con *Enamorado de la moda juvenil* y luego desde el post-funk con *Escuela de calor*, el grupo adelantó al resto de la Movida en lo de ser los más punteros. Sin embargo, en pleno éxtasis de modernidad, su líder Santiago Auserón (Zaragoza, 1954) empezó a mirar las raíces. Los discos de Radio Futura dejaron de fijarse tanto en lo anglosajón y viraron a lo latino. Más en concreto, a Cuba. Y, en el caso particular de Santiago, al son. Con el grupo agonizante, Auserón se dedicó a rescatar a viejos soneros de la isla, como Compay Segundo y El Guayabero, en una serie de recopilatorios que publicó a comienzos de los 90 como *Semilla del son*. Luego llegaría su propia exploración del repertorio como Juan Perro y la posterior popularización mundial de esa música con el proyecto *Buenavista Social Club* (1997) de Ry Cooder. Auserón fue el primero en desempolvar el tesoro, aunque otros acabarían llevándose la plata. No le importó ni le importa: él prefiere vivir en esa paradoja en la que coinciden el porvenir y el ayer.

Este viaje queda por escrito en *Semilla del son* (Libros del Kultrun), donde Auserón mezcla la primera persona con las reflexiones musicólogas para hablar de una música que prácticamente ya no existe, ni siquiera en la propia Cuba, aunque vivamos inmersos en ella. El *Mala mujer* de C. Tangana no deja de ser una de sus *nietas* urbanas.

«Lo primero, fue un choque», dice Auserón sobre su toma de contacto con aquellos sonidos. «Lo segundo, una intuición, una especie de sospecha de que en las maneras de la negritud estaba el puente entre diversas lenguas». De ahí el recurso a la semilla, una de tantas metáforas vegetales que le han acompañado en su carrera y que, recurriendo a su sombrero de doctor en Filosofía, le sirve para casi todo. Para hablar de ese «germen dormido, a veces siglos, hasta encontrar un medio favorable para volver a florecer». Y, también, de ese otro «germen adolescente, la sensación de colectivo musical que va más allá de lo inmediato».

Auserón cuenta en estas páginas cómo le enseñó a un Ry Cooder en babuchas los músicos que estaba redescubriendo y de los que el estadounidense no había oído hablar. «Se convirtió en negocio internacional algo que hasta entonces era desconocido. Ante lo cual yo no me quejo», puntualiza. «Me parece que eso cumple la función de poner el son en boca de todo el mundo justamente a tiempo, porque ya los viejitos estaban en las últimas. Yo había cumplido mi cometido. Así que me vi con lo mío, que es asimilar en profundidad ese aprendizaje que me ha costado 20 años más».

Semilla del son viene con «esa especie de melancolía a la que nos aboca la desaparición de las cosas», en palabras de su autor, pero también con la esperanza de que todo volverá a nacer. De nuevo, la simiente, el embrión. «Las cosas rebrotan en una gente que no lo ha vivido, pero porque las formas en sí mismas contienen ya algo de contaminante y contagioso».

«Hasta cierto punto», prosigue, «yo estaba deseando que se diese por muerto rock and roll porque es entonces cuando va a empezar a hacer daño en algunos corazones. En cierto sentido yo ya tenía prisa porque fuera como el blues, el soul o el jazz clásico. Que casi hubiera pasado al cielo de las formas eternas, porque ahí ya no puede ser más degradado». Porque, sostiene, «a través de los medios electrónicos, la música sufre procesos de estandarización y mercantilización y se somete con mayor facilidad a la degradación».

Aún así, «el movimiento dominante deja márgenes en los cuales se puede restablecer una especie de conexión tribal, primigenia, del cerebro, a través del cuerpo, con la Tierra y el Cosmos». Por mucho que corra la civilización, insiste, «nunca puede apartarse demasiado del hombre primitivo que siempre llevamos con nosotros. Por muy viejos que nos hagamos, al filo ya de la tumba, portamos al niño dentro».

La muerte, esta semana, de uno de los fundadores de Radio Futura, Javier Furia, nos recuerda esa fragilidad. Y también la dimensión monumental del grupo. «A ver, no hay que exagerar. Tampoco es que Radio Futura fuera arte de vanguardia. Tenemos que ser más humildes, pertenecemos a las artes de masas», suaviza Auserón. La parte de la vanguardia vendría «de que no nos contentábamos con la cancioncilla ya hecha mil veces ni con la comida preparada, que queríamos recocinar los elementos de la canción popular en nuestra lengua».

Aunque vinculado a Podemos en los comienzos del partido, Santiago Auserón no se ajusta al modelo de creador politizado. Pero sí político. «Para mí, la integridad es tratar de recomponer una vasija rota. O como decían los antiguos: la virtud consiste en volver a empezar, en intentarlo otra vez», sonríe. «La música es una mercancía corrupta, igual que la política. Pero hay que componer la vasija lo más fina que se pueda», sigue con la metáfora. «El compromiso con el bien común no lo justifica todo, porque en su nombre a veces se acaba llamando a la muerte. Eso me repugna».